

Luis Aguilar *

Unidad y diferencia en el pensamiento político

1. Hablar de la unidad y diferencia en las sociedades nos remite al corazón de la filosofía, a la cuestión eterna de lo uno y lo múltiple, "Identitat und Differenz", como recapitula Heidegger. Y nos remite a la filosofía, en la medida que hoy la sociología y la economía política están ineludiblemente atoradas y derrotadas en este asunto, tanto a nivel teórico, como a nivel de acción y programa políticos. Más aún, me atrevería a decir que el centro de la agenda moral y política de la contemporaneidad se ubica en la cuestión de la unidad y la diferencia, conceptualizada también como identidad y contradicción. En efecto, hablar de "crisis" en sentido estricto significa decir que la diferenciación de un idéntico histórico o un todo ha llegado a tal punto donde ya no es posible reunirlo, recomponerlo, reconstruirlo, retotalizarlo. De la misma manera, cualquier alternativa de solución de la crisis pretende significar la posibilidad real de producir una nueva identidad social en la que se reconcilien y recompongan las diferencias; aunque en muchos proyectos se introduce a trasmano y hasta se desea la cancelación de las diferencias: la recuperación de la totalidad perdida en clave de totalitarismo.

La construcción de la modernidad occidental fue precisamente un proyecto heroico de componer unidad y diferencia. No es casual que en nuestra cultura política denotemos hoy como "feudalización" una situación de altísima heterogeneidad, separación, independencia, dentro de una sociedad, época o institución que sólo a nivel de su representación, interpretación y pretensión práctica (en el plano de la ideología) se reivindica impotentemente como total y entera, idéntica a sí misma. Tampoco es casual nuestra definición del tránsito

* Profesor de la FCPyS y de la División de Estudios Superiores (UNAM).

a la modernidad como paso de la comunidad a la sociedad, de la “solidaridad mecánica” a la “orgánica”, del gremio a la empresa, de la cristianidad a la república, del pueblo-terruño a la ciudad, etcétera.

2. Hagamos una rápida y somera reconstrucción de los proyectos que en la modernidad pretendieron resolver la tensión unidad-diferencia.

2.1. *Jusnaturalismo*: muerto el *único* Dios verdadero, confesado por *una sola* fe y *una sola* iglesia, la unidad e identidad social no puede ya buscarse en la gracia sino en la naturaleza humana, en “les droits de L’homme”. En el concepto racional de naturaleza o especie humana se ancla el contrato, el pacto social. El único juego posible es la diferencia entre individuo y especie y, por analogía, entre ciudadano y Estado, burgués privado y sociedad civil. La diferenciación es meramente individual, psicológica o de posición mercantil; pero se trata de una cuestión menor, en la medida que las diferencias son recogidas y conciliadas en el derecho natural y de él deductivamente se derivan todos los proyectos constitucionalistas. Las diferencias caían del lado de las pasiones, los instintos, los intereses, las preferencias, las libres iniciativas de los individuos: en el reino de lo pre-nacional. La unidad, en cambio, se constituía en el concepto racional, ilustrado, verdadero de la naturaleza humana y de sus derechos connaturales, en el concepto verdadero de sociedad humana: república y capital. La eventualidad de diferencias, antagonismos y conflictos interpersonales *debía* ser recompuesta y reunida a la luz del juicio racional, del concepto de hombre y sociedad humana. Sólo el jacobinismo pretendió cancelar las diferencias de los individuos privados, libres e iguales, dentro de la identidad de una única teoría y arquitectura constitucionalista, de un único concepto público de república, “république une et indivisible”, pretendido como exclusivamente verdadero. Esta cancelación de la diferencia fue resolutivamente criticada, con validez perenne, por Hegel: la Ilustración es el Terror. Toda sociedad basada en un único concepto, es decir, en un concepto abstracto sin mediaciones históricas, sin la asunción de la diferencia de lo múltiple y lo contingente, remata en terrorismo.

2.2. *Historicismo*: Si algo nos hereda el historicismo —y dicho tangencialmente el discurso político latinoamericano, hasta la fecha, está inundado de ello— es la oposición del “principio histórico” al “principio filosófico”; es el rescate programático de la diferencia histórica; nacional-popular, ante la condena ilustrada de que la única posible sociedad “verdadera” o el único posible Estado “verdadero” es el “jusnaturalista”. Al concepto abstracto y único de naturaleza humana, el cual jacobinistamente desgarró las tradiciones heredadas e in-

teriorizadas colectivamente y destruye el sentimiento de común pertenencia y continuidad, se debe oponer el recorrido concreto y diferenciado de las historias comunes y comunitarias de los pueblos. Al “estado natural”, la “historia nacional”; a la “ley”, el “ethos”, el “espíritu”, el “temperamento” de un pueblo. “Voksgeist”, no “droits de L’homme”. Sin duda, el mérito del historicismo (romántico o no) fue haber reivindicado polémicamente la historia social diferenciada y cambiante, sacrificada en aras de la unidad e identidad del concepto ilustrado jusnaturalista y su Estado exclusivamente jurídico. “Kulturturnation”, no “Rechtsstaat”. Sin la reivindicación de la diferencia no se entiende, por ejemplo, la crítica de B. Burke a la Revolución Francesa o la metacrítica de Hegel a la Ilustración kantiana o ese original historicismo de Marx que critica Ilustración y Revolución como “ideología alemana” y “misericordia de la filosofía”. En nuestro país, independiente, se paradigmatisa la postura de Alamán, tan diversa de la de Mora. Sin duda Hegel, por encima de los chauvinismos reaccionarios y las irracionalidades del ala romántica y pangermanista y a pesar de su ceguera a las historias no europeas, es el que acierta en componer unidad y diferencia, identidad y contradicción, unidad y multiplicidad contingente. No otra cosa es la teoría-historia de la *dialéctica: dia-logos*. Sólo a través de la historia diferente y contingente se logra la unidad de identidad de la razón verdadera. La real verdad del concepto ilustrado es su mediación histórica. Y, sobre todo, su *Teoría del Estado*. El Estado “ético (*ethos*) rebasa y reconcilia la oposición estéril entre derecho jusnaturalista y moralidad privada, entre naturaleza e individuo, entre lo público y lo privado. El Estado resulta ser, entonces, realidad y verdad “con-creta”, “com-puesta”, “sin-tética” que en su identidad comprende y eleva las diferencias individuales y mercantiles de la sociedad civil y en su universalidad incluye y ubica las individualidades nacionales. Un Estado total pero orgánico, indivisible pero no por la univocidad del concepto abstracto del derecho natural, sino por la carga vital de la historia recorrida y producida por la espontaneidad de los pueblos, de los “espíritus nacionales”.

No están lejanas de la instancia hegeliana y de su crítica al jusnaturalismo, las propuestas de Federalismo. En efecto, éste se presenta como la solución mediadora de la polarización existente entre Ilustración e Historicismo, entre la pura identidad del concepto racional y la diferencia fáctica de sociedades históricas, entre el Estado y el espíritu nacional.

2.3. *Marxismo*. El vuelco conceptual del marxismo, impensable sin

Ilustración e Historicismo y sin la crítica hegeliana a estos dos proyectos teórico-políticos, radica fundamentalmente en buscar un nuevo concepto para la unidad y la diferencia social. La totalidad concreta no es el Estado ético, aunque Marx esté de acuerdo que el Estado jurídico ha sido derrotado para siempre por la crítica hegeliana. La totalidad concreta que compone o sintetiza las diferencias-contradicciones en unidad-identidad es la sociedad civil, ese campo puesto al descubierto por la economía política inglesa. En la unidad de las relaciones de producción, en la unidad del Capital, que no de la República, se componen y conjugan, a pesar de su latente diferenciación y oposición, las clases sociales, que no los individuos, los hombres, o los ciudadanos, como teoriza la filosofía vanamente. No creo valga la pena recordar las genialidades y las vulgaridades de Marx y los marxistas. Pero hay algo que no puede no debe ser olvidado de Marx, so pena la vacuidad intelectual y política, a saber, la realidad invertida y la falsa conciencia. Hay irreales identidades sociales sostenidas por falsos conceptos de identidad y diferencia. De la misma manera hay irreales y falsos proyectos de reconciliación de las diferencias individuales, grupales y nacionales. Y estos proyectos teórico-políticos, falsos, "ideológicos", se encuentran sin falta en todos los conceptos genéricos y abstractos de Estado y Sociedad, que no han pasado por su reflexión, por la reconstrucción determinada de su génesis histórica (no sé si histórico-materialista). El espejismo de los conceptos, de los conceptos grandotes: Estado, Derecho, Nación, Espíritu, Ciudadanía, Pueblo. Y el sueño ingenuo de querer encontrar en la identidad de los conceptos puros y sublimes (la conciliación de las diferencias y contradicciones reales; efectivas la conciliación de los conceptos abstractos, ahistóricos, de diferencia y contradicción). La inolvidable advertencia marxista consiste en la precaución que debemos observar ante conceptos disparados por la cabeza, pero sin haber sido "re-flexionados", es decir incorporados en la historia social, de tal manera que se reduzcan las diferencias sociales a diferencias de temperamentos psicológicos, actitudes morales, intereses materiales, espíritus del pueblo, originalidades nacionales, etcétera. Es difícil desatender en la teoría social y en la práctica política el núcleo duro, material, de la diferencia ("intercambio desigual") entre Capital y Trabajo, así como la imposibilidad de su reconciliación histórica. Sin embargo, resulta difícil aceptar que *todo* el secreto de la unidad y diferencia social esté depositado sólo ahí, ineludible e implacablemente. Que todo, sin excepción, radique en el fetiche de la mercancía y en la conciencia invertida cristalizada en el Estado, el Derecho y la Filosofía. Más problemático resulta aceptar que la uni-

dad conciliatoria de las diferencias, de una vez para siempre, esté simplemente en el acto resolutorio de la expropiación y socialización de los medios de producción.

Pero algo importante nos hereda Marx, con el aliento de la contribución hegeliana, a saber, la proposición de la productividad de la diferencia, la contradicción. No sólo no hay posibilidad de unidad o identidad en las sociedades de clase, en la República del capital, sino que la diferencia clasista materialmente existente e irreconciliable, es la separadora de la unidad social y promueve el paso hacia la real y verdadera unidad-identidad: sociedad comunista. Así pues hoy, por el peso de Marx, espontáneamente pensamos que la unidad-identidad social, estructura de las diferencias, no se ubica en el presente histórico, en el que pensamos y actuamos, sino en un futuro. Nuestra cultura política se ha vuelto trágica y nos agobia la ansiedad de vivir con mala conciencia en un mundo social irredimible. Obviamente hay cínicos que convierten la tragedia en comedia.

2.4. *Estructural-Funcionalismo*. Se podría también esquematizar el darwinismo social de la primera sociología. Por razones de tiempo es mejor traer a la memoria la propuesta de la sociología norteamericana. Talcott Parsons, recogiendo y transformando toda la filosofía política inglesa clásica y la ética protestante, proyecta su teoría y su política desde la diferencia. En el principio hay sólo diferencias que, en cuanto tales, son deficiencias y limitaciones “necesidades” (*need-dispositions*). La “satisfacción” es lo que da ventanas a las monadas individuales y establece relaciones. La unidad es la relación de los diferentes, con la finalidad de alcanzar la satisfacción de necesidades. La unidad en la satisfacción. Y el establecimiento y estabilización de la unidad social (las instituciones) se basan en el aprendizaje, en los afanes y las acciones con éxito. El par sociológico Rol-Status aquí tiene su origen y término. Es por ello que la Sociedad es un Sistema, “Sun-tema”, “com-posición” de diferencias, “com-posición” de satisfacciones. A la marxiana productividad histórica de la diferencia, entendida dialécticamente como contradicción, Parsons opone la diferencia como funcionalidad e interdependencia. La escisión del sistema, la ruptura de la trama compleja de los roles-status funcionales, radica en la insatisfacción. Al *pathos* del futuro, propio de la dialéctica, debe oponerse el presente social. La satisfacción no se pospone, a diferencia del deseo. La clausura del sistema es el reverso del bienestar satisfecho. Y aunque los sistemas sociales cambien, debido a las necesidades insatisfechas y a los fracasos del aprendizaje, las sociedades no cambian como sistemas.

3. Si quisiera resumir diría que la modernidad ha planteado el problema de la unidad y diferencia social privilegiando ora la unidad ora la diferencia, la identidad o la contradicción. Por un lado se afirma como *primum logicum et ontologicum* la unidad del concepto ilustrado de naturaleza o la unidad romántica del espíritu nacional. En esta unidad predada se inscriben y recapitulan las diferencias. Desde esta perspectiva, la sociedad moderna se pretende “idéntica a sí misma”: se mueve, pero no se desarrolla. La modernidad se pretende como acabamiento. Antes de ella lo arcaico; después de ella sólo lo “con-temporáneo” denotando sólo temporalidad de lo mismo, no algo cualitativamente nuevo.

Por el otro lado, se afirma como *primum logicum et ontologicum* la diferencia entendida como contradicción, como diversidad o como limitación. Esta es la perspectiva de la economía política, de la teoría de sistemas y de la totalidad dialéctica (a su manera, su difícil manera). Las diferencias se agrupan o se con-jugan en unidad. Pero unidad no es identidad. Hay siempre una “talpa bajo tierra” que socava y derrumba. Cuando una unidad histórica —una sociedad o época— se pretende “idéntica a sí misma” es sólo una “verdad abstracta”, “falsa conciencia”, “ideología” o la pura inmediatez del bienestar y la satisfacción pre o extrarracional de pulsiones. En este sentido la modernidad no es acabamiento, la sociedad llegada a su verdad y validez, a su ser. La “modernidad” es sólo un “modo de”. Un modo diferente de lo que en y por ella se desarrolla y puja por su identidad.

Una pregunta última ¿es la unidad identidad?, ¿es la identidad unidad? Y verdaderamente, más acá de la filosofía, en el terreno de la política, ¿debe apostarse a la unidad social del presente o la identidad social futura? ¿Qué es más decisivo para nuestra suerte como pueblos, personas y especie humana, la unidad o la identidad? Como pueden observar no respondí a nada. Pero pienso que hay demasiado “gato por liebre” en la filosofía, en la sociología y en la economía política.